

# **Déficit de la izquierda y radicalización cristiana en América Latina**

Nueva Sociedad  
36  
mayo  
junio  
1978

**Marcos Kaplan**

*En el proceso político de América Latina, se destaca el avance del neocapitalismo tardío y dependiente que se combina con el desfase e ineficacia de la izquierda para convertir diversos elementos de esa corriente en generadores de reformas revolucionarias. No por ello se ignora o subestima el esfuerzo de los movimientos y partidos de izquierda. Sus triunfos son el resultado de un proceso heterodoxo, o representan el impacto del ascenso de las masas en lugar de la eficacia de dirigentes y aparatos. En este contexto, diversas formas y procesos de radicalización cristiana, evidencian algunos aspectos y efectos de la dinámica del neocapitalismo latinoamericano.*

**U**n aspecto importante del proceso político en la América Latina contemporánea es el hecho de que el avance del neocapitalismo tardío y dependiente –sus problemas y sus crisis de implantación y desarrollo, sus altos costos socioeconómicos y políticos– se ha combinado con el atraso y la ineficacia de las fuerzas de izquierda para convertir tales elementos en fuentes, insumos y canales de grandes proyectos de transformación reformista y de mutación revolucionaria.

---

**Marcos Kaplan:** politólogo argentino.

**Palabras clave:** movimientos y partidos de izquierda, neocapitalismo, América Latina.

---

Esta afirmación no ignora ni subestima la abnegación y la combatividad que han desplegado los movimientos y partidos de izquierda, sus militantes, sus cuadros y sus dirigentes. Ello hace precisamente más reveladora y lamentable la incapacidad señalada, que se ha manifestado como se sabe por una serie de oportunidades fallidas y de trágicos fracasos. Los éxitos alcanzados, o bien son producto de un proceso inicialmente heterodoxo y que no ha vuelto a repetirse (Cuba); o bien han respondido más al impacto del ascenso de masas que a la eficacia de dirigentes y aparatos, y por otra parte su vigencia ha sido breve y sus resultados precarios.

Cabe suponer, y así intento argumentar, que el surgimiento de diversas formas y procesos de radicalización cristiana expresan a la vez algunos aspectos y efectos centrales de la dinámica específica del neocapitalismo latinoamericano, sobre todo su tendencia a la multiplicación de víctimas, por una parte, y el déficit general de la izquierda para dar una salida histórica progresiva a la encrucijada histórica, por la otra<sup>1</sup>.

### ***El contexto histórico***

Desde 1930, América Latina comienza a transformarse por el entrelazamiento de factores y elementos externos e internos. Los países de la región se van insertando en nuevas relaciones de dependencia hacia la potencia hegemónica en emergencia (Estados Unidos). Los reajustes de la inserción en el sistema internacional y sus repercusiones hacia adentro se interrelacionan con una nueva fase de crecimiento económico y de cambio social: crisis y modernización de la producción primaria y de la sociedad rural; hiperurbanización; industrialización sustitutiva-dependiente; modificación de la estructura de clases; intervencionismo estatal; emergencia de un *neocapitalismo tardío*, a la vez subdesarrollado y dependiente<sup>2</sup>. En el proceso de cambio, dos grandes líneas confluyen en la apertura de una *crisis política* a la vez orgánica y endémica.

Por una parte, el crecimiento neocapitalista desplaza y disuelve en grados variables las formas anteriores de dominación y producción, instaura sus propias bases y condiciones de existencia y reproducción. En ese proceso, masas consi-

---

1. Algunos elementos de esta crítica fueron adelantados en trabajos anteriores. V. Marcos Kaplan: *Política y vida cotidiana*, Col. Liberación, Buenos Aires, 1960; *Teoría política y realidad latinoamericana*: 2ª ed., FCE, México, 1976; *Modelos mundiales y participación social*, FCE, México, 1974.

2. Sobre el neocapitalismo y la emergencia del fascismo en América Latina v. Marcos Kaplan: «¿Hacia un fascismo latinoamericano?» en *Nueva Política* N° 1, México, 1-3/1976; M. Kaplan: «El Leviathan criollo - estatismo y militarización en la América Latina contemporánea» en *Nueva Política* N° 5, México, 1978.

derables de población, correspondientes a las viejas y nuevas clases medias populares, son liberadas de jerarquías tradicionales estrictas, reestructuradas y movilizadas, incitadas a multiplicar e intensificar sus expectativas y necesidades, sus demandas de satisfacción, sus presiones por una participación ampliada en la sociedad y en la política.

Por otra parte, todo ello se ve bloqueado por las características y consecuencias del propio modelo neocapitalista, y por la estructura social y de poder en parte tradicional y en parte modernizada. El modelo neocapitalista privilegia ciertas empresas, ramas económicas, clases y regiones, en desmedro de las restantes; revela una dinámica marginalizante; genera y multiplica tensiones, conflictos, antagonismos. La estructura social y de poder sigue reservando a la nueva elite oligárquica los centros de decisión y de acción políticas. Los requerimientos de inversión, acumulación y rentabilidad de la gran empresa exigen un alto grado de concentración del poder y la imposición de un orden autoritario extremo para la sumisión de las mayorías.

Al mismo tiempo, la elite oligárquica y sus aliados internos y externos encuentran dificultades crecientes para asegurar la reproducción, la cohesión, la estabilidad y la continuidad del sistema. La clase dominante se divide en fracciones que compiten mutuamente y hallan obstáculos para resolver el problema de la hegemonía. El congelamiento estructural de la participación no impide totalmente la movilización de masas; en muchos sentidos la refuerza y acelera; genera tensiones y conflictos de absorción y control difíciles; incrementa el número, la envergadura y las proyecciones de las tendencias y movimientos de crítica e impugnación.

La tendencia a la entropía general del sistema se acentúa, se manifiesta en las situaciones recurrentes o permanentes de conflicto social, inestabilidad política, agrietamiento de la legitimidad, apertura de una brecha del consenso (respecto a la elite oligárquica, al sistema social, al Estado), debilitamiento o insuficiencia de los recursos coercitivos, vacío de poder, crisis de la hegemonía.

Esta crisis general de la dominación y del sistema político tradicionales se manifiesta y vehiculiza a través de la extrema proliferación ideológica (nacionalismo, populismo, desarrollismo, socialismos, y sus variaciones, combinaciones e híbridos), y de movimientos, partidos y regímenes que aparecen a la vez como

***La clase dominante  
se divide  
en fracciones  
que compiten  
mutuamente  
y hallan obstáculos  
para resolver  
el problema  
de la hegemonía***

***El déficit de la izquierda tiene un punto de partida en su atraso para el análisis de la etapa por la que atraviesa el sistema vigente en América Latina y predominante en el mundo***

reflejo, continuidad e intento de superación de dicha crisis (democraticoliberales, de centroizquierda, desarrollistas de pretensión pluralista o de mecánica abiertamente autoritaria, nacional-populistas-bonapartistas, socialistas reformistas, socialistas revolucionarios).

Estos intentos políticos –salvo el caso cubano– no destruyen las bases ni los componentes del sistema de dominación y explotación; lo afectan en mayor o menor grado pero, al mismo tiempo y de diferentes maneras, lo preservan y refuerzan. La elite oligárquica y la derecha nacional e internacional aceptan, y en algunos casos promueven y aprovechan estos experimentos, como imposición inevitable, mal menor, o alternativa provisoria. Al mismo tiempo siguen juzgando a tales movimientos y regímenes como demasiado representativos o tolerantes de las masas populares y de sus necesidades, recelosos u hostiles hacia sus intereses y exigencias, poco compatibles u opuestos respecto de los modelos de conservación o regresión, instrumentos inconscientes o cómplices deliberados de un proyecto de destrucción del sistema (*espectro del kerenskismo*).

Expresión abigarrada de una crisis política virtualmente permanente, esta gama de movimientos, partidos y regímenes políticos contribuye a dificultar a la vez: el mal'enimiento de la vieja hegemonía oligárquica, su renacimiento bajo formas y con bases e instrumentos diferentes, el establecimiento y continuidad de una democracia liberal con participación ampliada. A la elite oligárquica, a la constelación de grupos que se constituyen y giran a su alrededor, se les plantea la contradicción entre las exigencias del modelo por implantar y desarrollar, y los rasgos y efectos de la crisis política. Combinan la percepción realista de los riesgos del desborde de masas, la reacción anticipatoria para impedir la actualización irreversible de las amenazas, el pánico que distorsiona la visión y el juicio y presenta como ya existente las meras posibilidades de cumplimiento incierto. Van desarrollando los elementos necesarios para resolver definitivamente el problema de la hegemonía en su beneficio, mediante soluciones autoritarias y totalitarias que se aproximan a un modelo fascista *sui generis* o se confunden con él<sup>3</sup>.

---

3. *Ibíd.*

Es en este contexto histórico que se ubican dos fenómenos interrelacionados: el déficit de la izquierda para dar una respuesta histórica a la crisis, y la emergencia de un cristianismo radicalizado. El impacto de la crisis y la presencia presionante de la izquierda en su conjunto contribuyen a desencadenar la radicalización cristiana. Esta, a su vez, en parte pretende y en parte logra ser un intento de respuesta al déficit del proyecto y del comportamiento de la izquierda sobre la que influye de diferentes maneras.

### ***El déficit de la izquierda***

El déficit de la izquierda tiene un punto de partida en su atraso para el análisis de la etapa por la que atraviesa el sistema vigente en América Latina y predominante en el mundo, de las fuerzas y tendencias que operan, y del impacto de todo ello sobre los procesos y condiciones de vida y de conciencia de las clases y de las masas populares y sobre sus formas de organización y acción. A ello se agrega la incapacidad de la izquierda para elaborar formas y métodos de pensamiento y acción que se adecúen a las nuevas condiciones y a las exigencias de un proceso auténtico de transformación profunda.

Por razones, y a través de procesos que no es el caso tratar aquí<sup>4</sup>, la gran mayoría de la izquierda latinoamericana se ha visto afectada por una grave carencia teórica y metodológica. Esta carencia, en gran medida se explica y refuerza por la adopción generalizada de la versión oficializada y dogmática del marxismo que se establece en el periodo stalinista soviético y sobrevive a éste, y que es adoptada por los partidos comunistas y por otras organizaciones de la izquierda latinoamericana que formalmente dicen diferenciarse del stalinismo y combatirlo. Una teoría crítica de todas las formas de alienación y de opresión y de toda ideología, es convertida en doctrina justificatoria de las formas opresivas y alienantes a que dan lugar las exigencias de la acumulación, de la industrialización y de la modernización acelerada en un país atrasado y aislado que pretende quemar etapas para su desarrollo. A partir del Estado-partido único, una autoridad infalible define la teoría y su ortodoxia. Compila, expurga e interpreta los textos sacralizados, confiriéndoles caracteres de revelación y trascendencia; establece tabúes y prohibiciones; define a los heréticos, los cismáticos y los

---

4. Sobre la génesis, desarrollo y caracteres de la versión stalinista del marxismo v. entre otros: Lewin Moshe: *Le dernier com bat de Lénine*, Les Editions de Minuit, París, 1967; Roy A. Medvedev: *Let History Judge, The Origins and Consequences of Stalinism*, Vintage Books, Nueva York, 1973; Cornelius Castoriadis: *La société bureaucratique, 1: Les rapports de production en Russie; 2: La révolution contre la bureaucratie*, Union Générale de Editions, París, 1973; C. Castoriadis: *L'institution imaginaire de la société*, Seuil, París, 1975; Herbert Marcuse: *Soviet Marxism - A Critical Analysis*, Pelican Books, 1971.

réprobos; funda condenas y exclusiones. Se promueve un conformismo riguroso, una mentalidad rígidamente disciplinada, desfavorable a la vida intelectual, a la crítica, a la investigación y a la creación, que se contrapone a toda hipótesis, a toda aspiración, a todo inconformismo, y por último a la realidad misma.

El marxismo oficial se convierte en un nuevo dogmatismo. Aparece como una sistematización pretendidamente definitiva de tesis absolutas, afirmaciones filosófico-políticas, elementos eticorreligiosos, manifestaciones irracionales o mágicas, mecanismos formalizadores. La codificación resultante se acerca a la doctrina eclesiástica, con pretensión de objetividad absoluta, de autenticidad ontológica y de verdad moral. La teoría marxista se degrada en un escolasticismo que prestidigita textos y conceptos, gira en el vacío, y tiende a volverse un metalenguaje. Los textos seleccionados son descifrados de acuerdo con un código de autoridad, interpretados y reinterpretados interminablemente con criterios absolutistas, sin referencia a las experiencias históricas ni a las evidencias empíricas de la actualidad. El pensamiento se vuelve mero comentario de textos y termina por no referirse más que a sí mismo. La teoría se presenta como la distancia más corta entre dos citas.

El autoritarismo suficiente, la sistematización absolutizada que desplaza al método, llevan a las generalizaciones abusivas, al escamoteo de diferencias y particularidades. El sentido de especificidad y concreción se pierde. Se empobrecen la realidad dada y las virtualidades contenidas en ella y en el devenir. La respuesta estereotipada a todos los problemas genera la creencia de que ya nada queda en el fondo para descubrir y que todo está dicho y resuelto. La creación y la disponibilidad, en mínima proporción de hechos y argumentos, se combinan con el empirismo burdo y el pragmatismo incondicional. La evaluación empírica de fuerzas y posiciones funda de modo directo las decisiones y consignas de la dirección para la acción política, para el pensamiento teórico y para la investigación científica.

El producto final es un determinismo mecanicista, que ignora la compleja trama de fuerzas, relaciones y formas sociales; subestima o desconoce la interrelación entre los aspectos y niveles de la realidad; suprime la historia; niega el papel de lo nuevo y lo inesperado y, con total impermeabilidad a las comprobaciones empíricas, sirve de fundamento a un optimismo incondicional que afirma su fe en la fatalidad de los triunfos futuros.

Los resultados se manifiestan en la degradación teórica, la limitación metodológica y técnica, la esterilización científica y política, la tendencia al congelamiento y a

la esclerosis del pensamiento crítico.

Este déficit teórico y doctrinario de la izquierda se ha ido agravando justamente cuando los procesos que se han de comprender y sobre los cuales se ha de actuar, han adquirido una complejidad y ritmo crecientes. La evolución de las realidades nacionales latinoamericanas y del sistema mundial han multiplicado fenómenos y contradicciones de nuevo tipo, que rompen o relativizan muchos esquemas tradicionales. Se han operado profundas modificaciones en el condicionamiento material, la organización del trabajo y la vida urbana, que han incidido en la estructura, las formas de vida y comportamiento, la ideología y la organización políticas, de las diversas clases sociales. Los grupos de poder, perfeccionan notablemente sus mecanismos y métodos de acción, en especial medios de dominación, administración, explotación y violencia, ampliados y centralizados e «instrumentos de manipulación psíquica únicos en la historia», la gama de recursos de mistificación, manipulación y represión que despliegan los regímenes autoritarios y fascistas de este siglo.



### ***Aspectos y efectos del déficit***

El déficit general presenta aspectos y produce efectos que se tratarán de indicar someramente. La gran mayoría de la izquierda se ha mostrado incapaz de percibir, analizar y predecir los procesos concretos y de elaborar nuevas y eficaces formas de organización y lucha. Sus dirigentes y militantes, aunque siempre dispuestos a perorar sobre la necesidad de ser «realistas», apenas conocen la vida real. Les falta el conocimiento detallado de la existencia cotidiana de clases, grupos e individuos, de sus elementos determinantes e integrantes, la interrelación entre los mismos, sus tendencias contradictorias y líneas de fuerza, su impacto sobre las actitudes, las conductas, los procesos en la sociedad y en la política.

Han olvidado que para actuar sobre el sistema que se considera caduco y reemplazarlo por uno nuevo y superior, es imprescindible «tomar en cuenta la vida real, los hechos precisos de la realidad», «los elementos existentes susceptibles

de ser desarrollados, ... lo que existe en el presente y la evolución en curso de estos elementos», así como hallar «la actitud justa hacia las supervivencias del pasado como hacia los gérmenes del porvenir».

Tal como observara justamente Henri Lefebvre, hace más de tres décadas, «los únicos cambios humanos verdaderos y profundos son los que muerden en esa substancia (de la vida cotidiana) y se inscriben en ella». Existen «sectores completamente desconocidos en la vida social actual, y tanto más desconocidos cuanto que parecen más conocidos, explicados y representados esquemáticamente según 'ideas' sugeridas por las ideologías dominantes... Las relaciones de los grupos e individuos interfieren en la vida cotidiana de un modo que escapa parcialmente a las ciencias especializadas. Estas ciencias abstraen de la realidad humana, prodigiosamente compleja, ciertas relaciones o aspectos esenciales. ¿La agotan? Parece que después de haber quitado de la realidad humana las relaciones actualmente conocidas por la historia, la economía política, la biología, queda una especie de enorme masa informe, mal definida... De esta materia humana el estudio de la vida cotidiana hace su objeto propio. La estudia en sí misma y en relación con las formas diferenciadas superiores, que ella soporta, y así contribuirá a captar el 'contenido total' de la conciencia; aportará esta contribución al esfuerzo hacia la capitación del conjunto, de la totalidad, a la realización del hombre total... La crítica de la vida cotidiana –crítica y positiva– debe abrir el camino al verdadero humanismo, el que cree en lo humano porque lo conoce»<sup>5</sup>.

Sin cesar de exaltar de palabra y en el ritual al trabajador, al hombre y la mujer de pueblo en general, como destinatario y protagonista del proyecto revolucionario, la mayoría de la izquierda menosprecia de hecho su capacidad de autonomía, de comprensión y de transformación (de sí mismo y del mundo), la riqueza actual y potencial de su personalidad y de su praxis. Se ha olvidado que el trabajador, el hombre o la mujer de pueblo –como todo ser humano– es un ser total, que produce y se autoproduce, combina la racionalidad intelectual con la afectividad y la pasión, necesita y desea, trabaja y consume, se esfuerza y goza, sueña y calcula, ama y odia, teme y osa, compite y se sacrifica, se adapta y se trasciende, se problematiza y se conflictúa, se expresa y se realiza a través de las grandes y las pequeñas cuestiones de la vida cotidiana. No se tiene en cuenta «la irreductibilidad de la existencia específica de los hombres concretos, que *viven* su praxis en todos los *niveles* de su existencia..., la manera en que los individuos viven, se valorizan, se asumen, se descubren y huyen de sí mismos a partir de su condición...» (André Gorz).

---

5. V. Henri Lefebvre: *Critique de la vie quotidienne*, L'Arche Editeur, París, 1958 y 1962.

De este modo, por una parte, la mayoría de la izquierda no se ha propuesto, como una de sus tareas prácticas fundamentales, el logro del conocimiento crítico y del inventario detallado de las realidades socioeconómicas, culturalideológicas, políticas, tal como surgen y se manifiestan en el plano de la vida cotidiana, hasta en sus trasfondos aparentemente más simples y oscuros. No conoce al detalle y al día cuál es la situación material y psicológica de las clases, especialmente del proletariado y las masas populares; cómo inciden los cambios en su estructura, su nivel y forma de vida, su conciencia y su praxis. No se ha analizado ni captado, hasta en los menores matices, las formas de alienación que sufren los hombres y mujeres de la segunda mitad del siglo xx, sobre todo el proletario, el campesino, el miembro de la clase media y el militante de izquierda: las formas y hábitos de trabajo, el uso del tiempo y del dinero, el consumo, la vivienda y el entorno urbano, la organización familiar, la vida amorosa, la sociabilidad, el empleo del ocio, las actividades culturales; las relaciones y contrastes que existen entre la vida real de la gente y la imagen que se hacen de esa vida y de la sociedad; los sueños y las soluciones ilusorias.

Resulta así poco probable o imposible de determinar, tanto las fuerzas negativas y retrógradas que frustran y degradan al hombre de pueblo, como las necesidades profundas, los puntos de descontento y resistencia, «las fuerzas sanas y renovadoras, las posibilidades reales. Los elementos realmente creadores de la vida nacional», las nuevas formas de vida, conciencia y lucha, los gérmenes y primeros esbozos de tendencias y relaciones humanas y sociales que corresponden, dentro del sistema vigente, a la posibilidad de un orden social superior.

Aumenta así el peligro de caer en dos extremos negativos que amenazan permanentemente a las fuerzas de izquierda. Uno se refiere a la subestimación sistemática de las condiciones existentes para el comienzo de un proceso de transformación radical, y de la madurez efectiva del movimiento obrero y de masas para defender sus intereses y para ir asumiendo la dirección de la lucha. El otro peligro se refiere a la sobreestimación permanente, a la idealización abstracta y retórica de las condiciones revolucionarias, a la confianza mística en un progreso fatalmente automático, y a la propensión a dar saltos desesperados al vacío. Ambos extremos suelen conducir al divorcio respecto de la etapa real por la que atraviesan la experiencia, la conciencia y la lucha de las masas.

Por otra parte, la izquierda tiende a tomar en cuenta solo las formas más inmediatas y directas de explotación y miseria, y a desdeñar las formas viejas y nuevas de alienación (materiales, sociales, sexuales, familiares, políticas, ideológicas, culturales). Se limita a fundarse sólo sobre «la pura necesidad de vivir», y

no también «sobre exigencias humanas menos elementales, aunque igualmente reales...». No sabe «hablar a los trabajadores otro lenguaje...», no «aprende a hablarles de *todo* el hombre y no solo de las necesidades vitales...», presentándose como «la exigencia propia de la libertad y no como expresión práctica de la necesidad...» (André Gorz). Se suele hablar a las masas sólo de problemas minúsculos y soluciones parciales. No se las ayuda a repensar su propia vida, a

***La izquierda  
 no suele formar  
 militantes completos,  
 de personalidad rica  
 y de aptitudes  
 diversificadas,  
 capaces de participar  
 en las experiencias  
 de las clases populares,  
 de aprender de ellas  
 y de contribuir  
 a esclarecerlas***

descubrir en sí mismas y en el mundo circundante y a encarnar y movilizar las energías y posibilidades de transformar el individuo, los grupos, la realidad total en que viven.

La propaganda y la acción política resultan así atrasadas, irreales, consigneras, con frecuencia visiblemente inferiores a las del enemigo de derecha. Hacen apenas un llamado parcial a la razón de las masas, sin apelar casi a sus sentidos, a su imaginación, a su emotividad, a su potencial de entusiasmo, de abnegación y de heroísmo.

Combinan banalidades y planteos místicos, perspectivas revolucionarias para un futuro indefinido y prácticas oportunistas y negociadoras para todos los días. Esta propaganda y esta acción difícilmente convencen y entusiasman, terminan por rebotar en el aburrimiento y la indiferencia de la gente. La izquierda encuentra serias dificultades para persuadir a las masas que trabajan para su liberación integral, que tienen un plan positivo y posible afín a esa tarea, que ya existen nuevos hombres y nuevas clases con aptitud para reemplazar a los grupos y clases dominantes, y con ventaja, en todos los ámbitos del quehacer humano. Esta carencia se manifiesta en el perfil personal promedio del militante de la izquierda.

En la mayoría de los casos, la izquierda no suele formar militantes completos, de personalidad rica y de aptitudes diversificadas, capaces de participar en las experiencias de las clases populares, de aprender de ellas y de contribuir a esclarecerlas, en todas las circunstancias de la vida cotidiana y en las vicisitudes de los procesos reformistas o revolucionarios de cambio. Rara vez se logra así crear o adquirir y desarrollar la visión amplificada, el conocimiento detallado de los grupos e individuos y de la sociedad, que por varias circunstancias resultarían especialmente necesarios para el militante de la izquierda. En efecto, dadas las limitaciones inherentes a la acción y al pensamiento de los seres hu-

manos, y la rapidez y complejidad de los procesos contemporáneos, aun las conciencias más lúcidas suelen estar en retraso respecto de la realidad social y política. Las condiciones de la existencia actual en las sociedades de masas tienden además a aislar a los individuos, y confieren a sus experiencias y relaciones un carácter limitado y fragmentario. Por añadidura, la adopción de una postura militante implica para el que la asume un primer momento de alejamiento provisorio, de diferenciación tajante con el medio, a fin de afirmarse mejor contra las presiones alienantes de la sociedad burguesa. Este momento, si se exagera o prolonga demasiado, si no es completado en el más breve plazo posible con una reintegración en la realidad cotidiana y en el movimiento de masas, lleva al sectarismo, al aislamiento aristocrático, al refuerzo del sentido elitista y de la propensión al «substitucionismo» que subyacen en mayor o menor grado en la concepción del «partido de vanguardia», a la pérdida del sentido del medio social y del material humano en relación con los cuales se actúa, al infantilismo simplificador y al aventurerismo irresponsable.

El tipo de militante más o menos completo, o que se esfuerza por serlo, es reemplazado con desventaja por la imagen ficticia del héroe perfecto y sin contradicciones, que esconde la realidad del seguidor incondicional, del robot diligente y discurseador, en el cual sobre la personalidad básica conformada por la sociedad burguesa se sobreimprime un pequeño aparato de consignas, recetas tácticas y argucias operativas para las tareas menudas de todos los días. Este dualismo, generalmente no resuelto, entre imagen deseable y proyectada y realidad profunda y en definitiva predominante, contribuye a explicar los rasgos neuróticos que suelen exhibir la mayoría de los militantes de la izquierda, sus contradicciones íntimas y exteriores, al desgaste y las quiebras sorpresivas que se producen en muchos de ellos.

Los militantes de la izquierda suelen aparecer ante los ojos de las masas como Mesías que descienden de algún cielo para redimir benévolutamente al «pobre pueblo» y, sobre todo, como gente extraña, irreal, venida de otros mundos, seres a los que casi todo lo humano parece serles extraño, y que apenas se conocen a sí mismos y a los demás, separados por una distancia a veces abismal de la mayoría de sus congéneres y de las condiciones y realidades de la vida cotidiana.

De esta manera, pese a los caracteres y consecuencias de los procesos sociopolíticos de la América Latina contemporánea, la izquierda no atrae de modo efectivo y perdurable a millares y millones de trabajadores manuales y miembros de los sectores marginalizados, de campesinos, de intelectuales y técnicos, de mujeres y adolescentes, que sienten las alienaciones y frustraciones impuestas

por el sistema. Tras suscitar su curiosidad y su entusiasmo, se termina por defraudarlos y rechazarlos y se contribuye –junto con los sucesivos fracasos políticos– a impulsarlos al escepticismo, las soluciones pragmáticas y las operaciones de supervivencia individual, o la entrega a las aventuras demagógicas o las soluciones místicas.

***Los ausentes nunca tienen razón***

El déficit de la izquierda, que he caracterizado someramente, desemboca y se resume en una limitación general. Por regla general la izquierda no ofrece ni a las masas ni a sus elementos más conscientes e intrépidos, la alternativa del socialismo como perspectiva concreta y viable, para aquí y para ahora. La propone como algo tan abstracto, lejano y condicionado a tantos prerrequisitos y alternativas, que termina por aparecer irreal e imposible; o tan parecido al modelo stalinista soviético que dista mucho de resultar atractivo. La izquierda no establece un escalonamiento coherente de soluciones inmediatas y mediatas que vincule convincentemente las actuales luchas con la transformación radical y el comienzo de la nueva sociedad. No logra representar, en cada momento y aspecto de la vida colectiva e individual, de modo inmediato y viviente, la nueva visión del mundo y del hombre, el desafío y la negación del viejo orden, la afirmación y la demostración visibles de que son posibles un modo diferente de existencia, valores, relaciones, individualidades más satisfactorias y eficientes. Esta carencia de los movimientos de izquierda se manifiesta a la vez en su interior, y en la escala de las clases populares y de la sociedad.

En el seno de los aparatos militantes, la izquierda no tiende a transformar por el camino a quienes pretenden cambiar el mundo, ni va prefigurando en pequeño dentro del propio movimiento el tipo de personalidad y de relaciones humanas propios de la futura sociedad socialista, por cuyo alumbramiento se dice luchar.

A la escala de la sociedad, no se intenta promover en las masas populares actitudes y formas dinámicas y auténticamente revolucionarias de pensamiento, de conducta, de relaciones, de organización y de acción. Más concretamente, formas sociales y relaciones interindividuales e intergrupales que promuevan o refuercen: 1) la participación activa de las bases y de los mejores militantes; 2) la confrontación y socialización de experiencias, ideas e iniciativas; 3) la creciente autoconciencia y el control directo de la propia vida; 4) la elaboración colectiva de soluciones; 5) la creación de vínculos sociales vigorosos, flexibles y omnicomprendivos; 6) el restablecimiento del sentido de comunidad; 7) la demostración concreta y la vivencia profunda de lo que es y puede ser un régi-

men socialista; 8) la multiplicación de focos de esclarecimiento, información, persuasión y actividad liberadora; 9) la elaboración de una nueva visión de sí mismos, de las otras clases y de la sociedad, con base en las nuevas experiencias y en las viejas experiencias, vistas desde un ángulo renovado.

Al adolecer de estas carencias y no mostrarse en camino de superarlas, la izquierda no logra transformarse cada vez más en una fuerza que ocupe un lugar decisivo en la vida de la gente que compone las mayorías nacionales. No se convierte en polo de atracción para miles de hombres y mujeres conscientes y hostiles respecto de las condiciones opresivas y degradantes de las sociedades latinoamericanas contemporáneas, pero a las que repelen los movimientos de la izquierda por sus limitaciones conocidas. Estos innumerables hombres y mujeres buscan formas de participación y movimientos que les ofrezcan luz sobre los problemas que los angustian, eficacia para darles solución, posibilidades de realizarse personalmente, de integrarse socialmente y de contribuir al progreso y liberación de sus respectivos países y del género humano, sin abdicar de sus mejores posibilidades individuales.

En medida muy considerable, la izquierda ha estado ausente de estas demandas y desafíos, y como dice un viejo refrán francés *Los ausentes nunca tienen razón (Les absents ont toujours tort)*. Una importante dimensión de ese espacio sociopolítico en vacancia ha sido ocupada por el fenómeno de la *radicalización cristiana*.

En los últimos tres o cuatro lustros, en efecto, dentro de las iglesias y cleros de confesión cristiana, y sobre todo en la rama católica predominante en América Latina, ha aparecido un número considerable de sacerdotes y fieles con actitudes y comportamientos de insatisfacción profunda, crítica radical, impugnación activa, respecto a las propias jerarquías eclesiásticas, a la sociedad de clases, al sistema de dominación y explotación, que culminan con la participación directa en movimientos populares de protesta y rebeldía.

Este fenómeno hace confluir e integra una gran diversidad de factores y circunstancias, motivaciones y componentes, rasgos y variedades, consecuencias y proyecciones. Por su propia complejidad, por



su carácter de proceso abierto, y por su trascendencia política, requiere un análisis y una valoración que eludan a la vez la inserción forzada en esquemas simplificadores, la pedantería arrogante y la idealización seguidista.

El cristianismo radical y militante surge del trasfondo de la crisis de América Latina. Se alimenta del magma de sus víctimas, desde los «condenados de la tierra», hasta categorías sólo parcialmente afectadas y aún esperanzadas o incluso relativamente privilegiadas. Abarca así: campesinos; habitantes de regiones afectadas por la centralización metropolitana y el colonialismo interno; las periferias urbanas: marginales, estratos intermedios de trabajadores, aristocracia obrera amenazada por recesiones y regresiones; intelectualidad cultural y científicotécnica, frustrada en sus expectativas de integración y ascenso; adolescentes, jóvenes y mujeres; sectores de las clases alta y media-alta postergados o desplazados por los reajustes en el modelo de sociedad y crecimiento y en la lucha por la hegemonía.

A la heterogénea composición de las bases sociales y los apoyos potenciales, corresponde una selección más reducida en el reclutamiento de dirigentes y cuadros, organizadores e ideólogos. Estos tienden a corresponder primordialmente a sectores –especialmente juveniles– de la clase alta y media, y presentan una extrema variedad y un entrelazamiento complejo de motivaciones y orientaciones: conflictos familiares; frustraciones psicológicas, afectivas y sociales; voluntad de poder y ambición de avance individual y de promoción política; reacción ante el impacto de la crisis y contra sus causas; sensibilización hacia los sufrimientos de las víctimas e identificación con sus intereses y destinos; anhelo de salvación del individuo por la integración en la colectividad y el servicio redentor hacia sus mayorías; transmutación de lo religioso en lo político, de la vocación de martirologio en la militancia secular, de la trascendencia cristiana en la inminencia comunitaria o socializante.

La difusión y el impacto de la radicalización cristiana se deben sobre todo a los siguientes factores y circunstancias:

- ocupación de parte del vacío social, ideológico y político que debería haber llenado la izquierda;
- presencia y experiencia previas en espacios, prácticas y problemas de las masas populares;
- independencia aparentemente paradójica respecto a las posiciones dogmático-tradicionales de las fuerzas políticas secularizadas;
- frescura y creatividad de las actitudes y comportamientos en muchos de los dirigentes y militantes;

- voluntad de testimonio y autenticidad en el estilo de vida y de acción;
- aptitud para operar como una especie de puente legitimado y legitimador entre las formas y contenidos tradicionales y renovadores de la experiencia, la conciencia y la actividad de las masas.

La irrupción del militantismo cristiano en áreas críticas de la sociedad y la política, el aumento de su difusión y de su inserción y de la adhesión de sectores populares significativos, han provocado la alarma y el contraataque de grupos reaccionarios y de regímenes autoritario-represivos, y la extensión contra dirigentes y activistas cristianos de la gama de prácticas persecutorias que normalmente se aplicaba solo a los militantes de la izquierda reformista y revolucionaria. Ello ha provocado dos fenómenos en definitiva favorables a las organizaciones cristianas radicalizadas. Por una parte, ha contribuido a legitimarlas más a los ojos de los sectores populares y de los grupos de la izquierda. Por la otra, ha esbozado una división en la jerarquía católica, en cuyo seno ciertos dignatarios –por convicción o por cálculo– rechazan la represión abierta e implacable contra los militantes cristianos radicalizados, y consideran inaceptable o contraproducente los excesos de los regímenes autoritarios o fascistas.

Para la izquierda latinoamericana, el fenómeno del cristianismo radicalizado tiene implicaciones de visible trascendencia. La obliga a reflexionar sobre sus carencias pasadas y actuales, y sobre el consiguiente vacío que en parte ha ocupado el cristianismo radicalizado. Le impone la aceptación del hecho de que la ortodoxia sectaria está caduca, que ningún grupo o movimiento puede exigir *a priori* la institución como vanguardia dirigente que no haya ganado en la práctica, y que el monopolio de la dirección del movimiento general se vuelve una pretensión cada vez más ilusoria. El fenómeno bajo examen contribuye a ratificar la infinita riqueza del movimiento social-histórico, en el cual distintas tendencias de la izquierda socialista pueden y deben coexistir y confluir como expresiones legítimas de diferentes aspectos, niveles y momentos de una sola dinámica global.

Todo ello finalmente exige a la izquierda un mejoramiento cuantitativo y cualitativo que, entre otras cosas, le permita a la vez reconocer e integrar la presencia insoslayable y legítima de una izquierda cristiana en el espectro político de América Latina, y coadyuvar a que aquella controle y supere las inevitables limitaciones y deformaciones que existen o pueden llegar a existir en su seno y en su praxis.